

la vida de todas las inteligencias, por quien fueron hechas y por quien subsisten todas las cosas (1), y que ha venido á disipar con sus luces las tinieblas que produjo el pecado, á desvanecer con su doctrina los errores que esclavizaron los entendimientos, y trazar con sus ejemplos el camino que señalan sus palabras? ¿Quién la tiene sino él, que no solo habla al oído, sino que ilumina interiormente, y con su gracia hace gustar al corazón la suavidad y la fuerza de lo que enseña? ¿Quién la tiene sino él, que es Dios, Criador y legislador del hombre, que se deja ver entre nosotros como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2) la verdad que ilumina, y la gracia que mueve á amar y practicar lo que aquella descubre al alma? (3) Por ello, cuando los judíos, que le tenían por puro hombre, se pasmaban de su doctrina y se preguntaban mutuamente: ¿Dónde aprendió este lo que enseña? les respondió Jesucristo: Mi doctrina no es mía, sino del Padre que me ha enviado (4); esto es, no es la doctrina de un simple hombre, sino la de Dios Padre, cuyo Hijo soy, y que me ha enviado para enseñarla á los hombres.

Y bien, hermanos, ¿á qué tiende toda la enseñanza del único Maestro de la humanidad, que es el Cristo? Recordad las palabras de los filósofos antiguos, que siendo como un eco de las tradiciones primitivas, fundadas en las promesas divinas, expresaban la necesidad reconocida de la enseñanza del Verbo: Es preciso esperar

(1) Celos. I, 17.

(2) Joann. I, 14, 16.

(3) Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus. (S. August., lib. 4 *ad Bonif.*, c. 5, n. 11.)

(4) Joann. VII, 16.

que venga alguno á enseñarnos cómo debemos portarnos relativamente á Dios y á los hombres (1). Invocamos al Dios Salvador para que, por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa, nos salve instruyéndonos en la verdadera doctrina (2). Recordad también las que inspirado por Dios dijo en su cántico profético el anciano Zacarías: Por las entrañas de su misericordia nos ha visitado, viniendo de lo alto para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de muerte, á fin de dirigir nuestros pasos en el camino de la paz (3). ¿Cuál debe ser la conducta del hombre en sus relaciones con la Divinidad y con los demás hombres? ¿Cuál el camino de la paz, esto es, según el sentido de esta palabra entre los judíos, de la felicidad verdadera, y del bien soberano, que es la aspiración constante del género humano, y que formó la cuestión principal de la filosofía antigua, que no supo precisarle á pesar de las multiplicadas teorías de sus escuelas?

El bien soberano del hombre, Señores, es Dios, el eterno, el infinito, el original divino, á cuya imagen fue criado, y nada que no sea Dios puede satisfacer al corazón (4). El desorden y la corrupción del género humano provino de haber abandonado este soberano bien. Conocerle, amarle, asemejarse á él, poseerle, es el fin del hombre en su suprema felicidad. Esta es la vida eterna, dice el divino Maestro, que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste (5). Por ello

(1) Platon, *in Alcibiades*.

(2) Id., *in Timæo*.

(3) Luc. I, 78, 79.

(4) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem, quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (S. August., lib. 13 *Confess.*, cap. 8.)

(5) Joann. XVII, 3.

consagra toda su vida pública, toda su predicacion á hacerle conocer, y en la última noche exclama dirigiéndose al Padre: «Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado.» (1) ¿Cómo nos le manifiesta? No como un sér que en su felicidad se olvida de los hombres, ni como un poder terrible que se complace en oprimirlos. Esta idea, que predominaba en los siglos antiguos, era fruto de la sugestion satánica, que supuso á Dios envidioso del hombre, y por lo mismo su opresor, para impedirle su elevacion á la semejanza con él mismo (2). Nos le presenta siempre con el nombre y con el carácter de un Padre que conoce todas las necesidades de sus hijos, que está dispuesto á escuchar sus plegarias, cuya providencia vela bondadosamente sobre ellos (3), y cuyo amor llega al extremo de entregar á su unigénito para salvar al mundo (4).

Dándonos esta idea de Dios tan tierna y tan sublime, nos dice: Amadle con todo el corazon, con toda el alma y con todas las fuerzas: este es el primer deber (5). Amándole, conformad vuestra voluntad con la suya, obedeciendo sus preceptos (6). Si lo haceis, estad seguros de que oirá vuestras plegarias, y os concederá cuanto le pidais para vuestro verdadero bien (7), porque el Padre os amará, y vendremos á vuestro corazon, y pondremos allí nuestra morada (8), para iluminar vuestro entendimiento, para llenar de dulzura el corazon, para vi-

- (1) Joann. XVII, 6.  
 (2) Gen. III, 5.  
 (3) Matth. V.  
 (4) Joann. III, 16.  
 (5) Matth. XXII, 37.  
 (6) Joann. XV, 10.  
 (7) Marc. XI, 24.  
 (8) Joann. XIV, 23.

vificaros y divinizaros con la gracia, que es la vida de Dios, y os hará participantes de la divina naturaleza (1). Unidos á Dios, imitadle: sed perfectos como el Padre celestial (2): obrad de manera que seais sus hijos, que viven segun la naturaleza y el espíritu de su Padre que está en los cielos (3).

¡Qué golpes de luz para la inteligencia, hermanos! ¡Qué ideas tan sublimes! ¡Qué aspiracion tan noble para el corazon! ¡Qué lazo de union tan estrecho, tan suave y tan fuerte entre Dios y el hombre! El amor: hélo aquí todo. Nos ha dado, dice San Pablo, no un espíritu de temor para que le sirvamos humillados como esclavos, sino espíritu de adopcion de hijos (4), espíritu de amor, que es la plenitud de la ley (5). La religion antigua era la religion del temor: la nueva es la religion del amor. Con razon exclamaba San Agustín, pesaroso de no haberlo comprendido antes: ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, cuán tarde te he conocido, cuán tarde te he amado! (6) Con razon dice, dirigiéndose á todos y á cada uno: Ama, y haz lo que quieras (7); porque siendo tu móvil el amor, nada harás que pueda desviarte de Dios, y harás cuanto á Dios pueda acercarte, ya que, como dice San Dionisio, es propio del amor estrechar y unificar al amante con el amado (8).

He aquí, Señores, el gran principio, la gran ley que

- (1) II Petr. I, 4.  
 (2) Matth. V, 48.  
 (3) Id. id., 45.  
 (4) Rom. VIII, 15.  
 (5) Id. XIII, 10.  
 (6) Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi. (S. August. lib. X *Confess.*, cap. 27.)  
 (7) Dilige, et fac quod vis. (Id. *Tract. 7 in Ep. Joann.*)  
 (8) Amor vim habet faciendi unum, et colligandi, præstantique modo inter se miscendi. (S. Dionys. *de Divin. nominib.*, cap. 4.)

promulga Jesucristo, y que repetidas veces confirma con su ejemplo (1). Escuchad lo que dijo á sus discípulos cuando iba á entregarse á la muerte. Voy á sacrificarme, para que conozca el mundo que amo al Padre, y hago lo que me ha mandado (2). El amor lleva siempre al sacrificio. Dominado por la tentacion el hombre, se amó á sí mismo, y sacrificó á Dios renunciando á él. Por ello el pecado es llamado por San Agustin, el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios (3). La virtud, por el contrario, es el amor de Dios llevado hasta el desprecio, hasta el sacrificio de sí mismo.

Sentado este principio, se comprende fácilmente lo que, continuando sus enseñanzas, dice Jesucristo: si alguno ama á otro mas que á mí, no es digno de mí (4), puesto que dando preferencia á ese otro objeto, llegará el caso de sacrificarme á mí en aras de ese amor. El que al ménos con el afecto no renuncia á todas las cosas, no puede ser mi discípulo (5), porque no abraza de lleno mi doctrina y mi ejemplo. El que quiera serlo, renúnciese á sí mismo, tome la cruz aceptando el sacrificio, y sígame (6). Estas sentencias tan repugnantes al egoismo, al orgullo y á la sensualidad, dejan de serlo para el hombre de cuyo corazon se apodera el amor á Dios, y aspira á unirse á él, y hacérsele semejante, mediante la imitacion del que al exigir estos sacrificios se presenta como modelo, y ofrece la recompensa de la paz del alma, que es la felicidad en la tierra, y de la participacion de su gloria en el cielo. Tomad, decia, tomad sobre vosotros

- (1) Joann. XV, 10.  
 (2) Id. XIV, 31.  
 (3) Amor sui usque ad contemptum Dei. (S. August.)  
 (4) Matth. X, 37.  
 (5) Luc. XIV, 33.  
 (6) Matth. XVI, 24.

mi yugo, que es suave, y mi carga, que es lijera (1), porque el amor le quita su pesadez, y la esperanza del premio la hace suave por demás.

Desde que el hombre perdió por el pecado el conocimiento y el gusto de Dios, fijó su vista en la tierra, y vino á poner su felicidad en la posesion de las riquezas, en la satisfaccion del orgullo y en la hartura de la sensualidad (2). Los filósofos no supieron proponer al hombre otro bien supremo; pero una triste experiencia enseña que el imperio de las concupiscencias, lejos de hacer feliz al hombre, es el origen de su corrupcion y de su desgracia, porque nada hay en la tierra que pueda llenar su corazon, nada que le levante sobre sí mismo, nada que le haga plenamente dichoso. Ha sido criado para Dios, y su corazon estará siempre inquieto hasta descansar en Dios (3). Inspirado por Dios, habia dicho David: Dichoso llaman al pueblo que abunda en bienes materiales; pero solo lo es el que tiene á Dios por su Señor (4). Poseido tambien del espíritu de Dios, escribia Salomon: He sido el mas grande de los reyes, he abundado en riquezas, me he distinguido por mi ciencia, nada me he negado de cuanto agrada al sentido, y he visto que todo es vanidad de vanidades y aficcion de espíritu (5).

El Verbo hecho hombre, que habia hablado por boca de David y de Salomon, rodeado de innumerable muchedumbre que le escuchaba en el monte, levanta la voz y

- (1) Matth. XI, 29, 30.  
 (2) I Joann. II, 16.  
 (3) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August., *Confess.*, lib. 1, cap. 1.)  
 (4) Psalm. CXLIII, 15.  
 (5) Eccli. I, 14.

enseña un principio totalmente opuesto al del mundo, proclamando bienaventurado y feliz al que vive desprendido del amor á las riquezas y de la vana ambicion, al que desterró de sí el orgullo y posee la humildad y mansedumbre del corazon, al que hace la guerra á la carne y sus apetitos, y prefiere el sufrimiento, la penitencia y la mortificacion, y es casto en su corazon y en su cuerpo, y anhela con ánsia justificarse y llegar á la santidad que le asemeje á Dios. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; y los que han hambre y sed de justicia, porque serán hartos; y los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia; y los limpios de corazon, porque verán á Dios; y los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios; y los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (1). Ampliando su doctrina, dice tambien: No os afaneis por atesorar riquezas en la tierra, donde todo perece; atesorad para el cielo, donde todo es eterno, porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazon (2). Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia, las demás cosas se os darán por añadidura (3); puesto que vuestro Padre que está en los cielos, y viste admirablemente la flor del campo, y provee á las avejillas del bosque, sabe lo que necesitais, y os ama como hijos (4). De otro modo, ¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (5)

¿Habeis meditado alguna vez, Señores, la sencillez

- (1) Matth. V, 3 ad 10.  
 (2) Id. VI, 19, 20.  
 (3) Id. id., 33.  
 (4) Id. id., 26, 28, 32.  
 (5) Id. id. XVI, 26.

sublime de esta doctrina, que restablece el orden que alteró el pecado, y que es para todos los hombres y para todos los siglos? El hombre, imágen de Dios é Hijo suyo, ha sido criado para el cielo y para Dios. En tanto logrará la paz del corazon y la felicidad del alma, en cuanto se desprenda de la tierra y aspire al cielo: en tanto se engrandecerá y llegará á su fin legítimo, en cuanto ame á Dios con todas sus fuerzas, y se haga semejante á él para unírsele eternamente y participar de su reino y de su gloria.

¿Sorprende esta doctrina, que se opone á las inclinaciones de la naturaleza corrompida? Resolveos generosamente á practicarla, dice Jesucristo; haced la experiencia, y os convencereis que no es palabra de hombre, sino de Dios (1), y por lo mismo fecunda, porque al tiempo mismo que instruye, comunica auxilios para realizar la trasformacion de la criatura, y da á gustar al corazon la suavidad y la paz que le hacen feliz. ¿Os sentís débiles y sobrecargados por las pasiones que os dominaron? Venid á mí, y yo repararé vuestras fuerzas (2); permaneced unidos conmigo por la fe y por el amor, y yo estaré con vosotros con mi virtud divina, para que deis frutos en abundancia (3). Orad, pedid, instad al Padre que os ama, y recibireis los auxilios necesarios (4). Para que nada falte, cuando esto dice á las turbas y á sus discípulos, les enseña la preciosa oracion que todo cristiano se goza en repetir continuamente: Padre nuestro, que estás en los cielos (5).

- (1) Joann. VII, 17.  
 (2) Matth. XI, 28.  
 (3) Joann. XV, 4.  
 (4) Matth. VII, 7.  
 (5) Id. VI, 9.

Así, Señores, enseña Jesucristo á arrancar del corazón la raíz de todo desórden de la vida, introduce el principio generador de todas las virtudes, presenta el original cuya perfeccion ha de imitar el hombre, prepara los medios de alcanzarla, y ofrece la recompensa que ha de hacer inmensamente feliz á la criatura, satisfaciendo su insaciable deseo de grandeza y de gloria.

No es posible que recorramos todas las sublimes enseñanzas de Jesucristo para restaurar al hombre, y llevarle, no á una perfeccion y virtud puramente exterior, sino á la reforma del corazón, que le haga adorador de Dios en espíritu y en verdad (1), y despojándole del hombre viejo con sus costumbres y sus obras, le vista del nuevo criado segun Dios en santidad y en justicia de verdad (2). Bástanos lo dicho, en que se contiene la sustancia de esta celestial doctrina de regeneracion universal. Fijémonos sin embargo en algunas que completan la hermosa obra, y conducen á la perfecta realizacion del plan divino.

Uno de los efectos de los erróneos principios que gobernaban el mundo antiguo, era el desprecio del pobre, reducido á miserable abyeccion, ó á la esclavitud mas degradante y opresora. Baste decir que uno de los más célebres filósofos enseñaba, que cierta clase de hombres habian nacido para la esclavitud (3). Jesucristo le rehabilita, escogiendo para sí la pobreza, proclamando bienaventurado al que lo es en el afecto, eligiendo por sus discípulos predilectos á pobres pescadores, anunciando que recompensará como hecho á él mismo el bien que se

(1) Joann. IV, 24.

(2) Ephes. IV, 24.

(3) Aristóteles.

haga al último de los hombres (1), diciendo que quien quiera ser el mayor, sea siervo de los demás (2), y presentando como una prueba de que era el Mesías esperado y el Maestro universal y divino, no solo los milagros que obraba á cada paso, sino que los pobres eran evangelizados (3), y por lo tanto, colocados ya al nivel de los mas grandes, porque de ellos es el reino de los cielos (4). Del mismo modo saca á la infancia del olvido y abandono en que se la tenía, presentándola como tipo de dos virtudes nuevas que exigia para entrar en el cielo, la sencillez y la humildad (5), y enseñando que los niños están bajo la especial custodia de los ángeles (6).

De la restauracion del hombre individuo pasa á la de la familia, y proclama la santidad é indisolubilidad del matrimonio, que eleva al carácter de sacramento, y gran sacramento, como le llama San Pablo (7), levantando á la mujer de la vil condicion en que la puso el paganismo. El esposo y la esposa, dice, serán dos en una carne: el hombre no puede separar lo que Dios juntó (8). No contento con esto sienta las bases del orden social, y enseña el carácter propio de la autoridad, diciendo: Sabeis que los príncipes de las naciones las dominan, y que los poderosos tratan á los súbditos con orgullo: vosotros no lo hagais así; el que aspire á la primacía sea el último, el siervo de todos, como yo, el Hijo del hombre, no he venido del cielo para ser servido, sino

(1) Matth. XXV, 40.

(2) Id. XX, 26.

(3) Id. XI, 5.

(4) Id. V, 3.

(5) Id. XVIII, 3.

(6) Id. id., 10.

(7) Ephes. V, 32.

(8) Matth. XIX, 6.